

Cien años de *La metamorfosis* de Franz Kafka



José Horacio Martínez Méndez. *Dibujos nómadas*. Tinta, acrílico, lápiz / lienzo, 165 x 268 cm, 2011
Colección privada. Cortesía Galería El Museo, Bogotá

La *Agenda Cultural* de abril está dedicada, en sus artículos, al relato *La metamorfosis* de Franz Kafka (Praga, 1883-1924), dado que ahora se cumplen cien años de su publicación y porque, qué duda cabe, es uno de los textos (si no el más) emblemáticos del autor checo y uno de los más importantes del siglo xx: “No hay nada que pueda superar *La metamorfosis*, una de las obras maestras de este siglo”, dijo Elías Canetti. Casi todo el mundo sabe que “Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de un sueño inquieto, se encontró en la cama convertido en un monstruoso insecto”. Una frase potente que desencadena una historia con un trasunto en apariencia lineal: una familia que padece afugias económicas, compuesta por un padre y una madre, Grete, hija menor de edad, y Gregor, quien trabaja denodadamente como vendedor ambulante en un almacén de telas. Pero una historia con un ingrediente fantástico: Gregor amanece un día convertido en insecto.

Quizás lo que hizo Kafka con este relato, como en general hizo con sus cuentos y novelas, fue plasmar en su escritura la gran contradicción que para él significaba vivir. No era un ser optimista ni gregario como tanto han querido siempre los eslóganes de las sociedades y de las instituciones, empezando por la mayor, la del Estado. De hecho, el escritor pensaba lo contrario: “Bien arropado por el rebaño, el hombre actual desfila por las calles de la ciudad en dirección al trabajo, al pesebre, a la diversión [...]. No hay maravillas, sino sólo instrucciones de uso, formularios y normativas. A la libertad y a la responsabilidad se les tiene miedo”, le dijo a Gustav Janouch en 1920, quien lo cita en su libro *Conversaciones con Kafka* (Barcelona, Destino, 2006. Traducción de Rosa Sala). “Pesebre”, según el Diccionario de la Real Academia Española, es: “Especie de cajón donde comen las bestias”.



José Horacio Martínez Méndez. Sin título. Óleo, tinta, lápiz/lienzo, 500 x 400 cm, 2008

No hay unanimidad (no puede haberla) en la definición de los lectores de todas las épocas y de todas las especies sobre qué tipo de insecto fue ese en el cual amaneció convertido Gregor Samsa; algunos inclusive no traducen “insecto”, sino “bicho”, y no dicen “monstruoso”, sino “repugnante”. El autor, creo, estaría feliz ante semejantes desencuentros, así como ante el que vemos que se presenta con el título del cuento, ya que algunos, como el escritor y profesor Jorge Mejía Toro, quien escribe en esta *Agenda*, prefieren la traducción literal; entonces, no es *La metamorfosis*, sino *La transformación*. Kafka mismo se opuso tajantemente a la idea del primer editor del relato de ilustrarlo en la portada con un escarabajo o algo parecido. Su idea era que tres personas: el padre, la madre y la hermana, aparecieran expectantes, de pie, ante la puerta entreabierta del cuarto de Gregor, que solo dejara ver oscuridad. También el tamaño del animal es indeterminado. Es capaz de erguirse para tratar de atajar al encargado del almacén que había ido a buscarlo a su casa y que ahora huía espantado por la horrible visión, es capaz de arrastrar una silla hasta

la ventana de su cuarto para desde allí ver el exterior, así mismo queda convertido en una “enorme mancha marrón” cuando se adhiere a un cuadro para impedir que su hermana y su madre retiren dicho cuadro de la habitación, y puede ocultarse debajo del canapé que hay en su cuarto. ¿Alguien puede arriesgarse a decir el tamaño de un insecto, de un bicho así?

Janouch le lleva a Kafka un libro con una historia donde una mujer se convierte en zorra y le dice que ese autor ha plagiado su relato, a lo cual el escritor responde: “¡No, no! [...] El animal nos resul-

ta más próximo que el hombre. Ahí están las rejas. El parentesco con el animal resulta más fácil que con los seres humanos”. Y en textos como “Informe para una academia”, “Josefina la cantora o el pueblo de los ratones” y en todo su bestiario es perfectamente entendible esa opinión del autor checo, traducida en ironía y humor. Humor un tanto amargo, un tanto trágico. Acerba crítica, en todo caso, desacomodo y arte. El sueño intranquilo de Gregor Samsa es su inquietud ante la vida que le ha tocado. Y se convierte en un ser indeseado. Quizás prefriere esa situación a su vida indeseada.

En lo que sigue, el lector cuenta con varios puntos de vista en torno a una obra fundamental de la literatura, ninguno de los cuales pretende suplantar lo que es más importante e irremplazable: la lectura de *La metamorfosis* y la propia percepción de un relato que no cede en su relevancia ni en su perfección como obra de arte, pese al transcurso ya de un siglo. Como toda la obra de Franz Kafka, vale decir.

Luis Germán Sierra J.